



MIRÓ AUTODESTRUCTOR... YO PROTESTO

Por JOSE M.^a MORENO GALVAN...
Reportaje gráfico: XAVIER MISERAGHS.

EL espectáculo de ver a Joan Miró destruir la obra de arte que él mismo había creado con sus propias manos, no me gustaría volverlo a ver nunca más. Resulta que aquellas pinturas que realizó Miró con destino a la parte baja del Colegio de Arquitectos de Barcelona, aquella serie de más de quince pinturas sobre cristal, de la que yo mismo hablé aquí en la hora de su realización..., resulta que todo eso se había hecho con la intención de destruirlo posteriormente, y fue destruido. Fue destruido el día 30 de junio al mediodía, por el propio Joan Miró. Yo estaba allí. Yo vine a Barcelona, precisamente, para ver

eso. Y, lo confieso, no es un espectáculo en el que yo lo haya pasado bien: no me gustaría tener que volver a ver una cosa así...

Tal vez alguno de los lectores recuerde aquel breve artículo mío en estas mismas páginas, hace poco más o menos un mes. Cuando yo lo escribí, ignoraba completamente que ése iba a ser el destino de esas pinturas. Y si el lector lo leyó, puede recordar... Yo escribía lleno de entusiasmo. Aquel gesto del pintor me parecía como una ofrenda de sí mismo a su ciudad, cosa que, en definitiva, me parece el más alto destino de la obra de arte. Yo pensé que, con eso, Miró había

plantado su nombre para siempre en Barcelona, señalando a la ciudad donde nació con una parte mínima de su obra. Eso de modificar algo, de cambiar en algo la fisonomía de la ciudad de donde se es, me parecía a mí uno de los más altos destinos del artista, en este caso de Joan Miró, hijo fiel de Barcelona... Pero resulta que no: resulta que esas pinturas no se habían hecho para eso; que esas pinturas se habían hecho para una finalidad muy efímera: para servir de reclamo, o de cartel anunciador, para una exposición de Miró que albergaba el mismo Colegio de Arquitectos. Yo tuve conocimiento de ello muy poco

después de haber escrito aquel breve artículo. Tuve que ir luego a Barcelona para intervenir en un coloquio sobre la obra de Miró, y allí, en la misma mesa, supe la verdadera finalidad de aquella serie de pinturas. No lo acepté fácilmente..., es decir, no lo acepté. Recordando ahora mi intervención en aquel momento, exaltando incansablemente a los jóvenes arquitectos a que conservaran aquella obra, me temo que mi intervención tuvo mucho de ridículamente patética. No me hicieron caso. Ellos pretendían algo que tampoco deja de tener su grandeza: ellos pretendían, nada menos, la destrucción de aquello como un holocausto, como un acto



MIRÓ AUTODESTRUCTOR... YO PROTESTO

de protesta por la civilización del consumo, como un sacrificio en el que inversamente, por el lado negativo, quedaba afirmada la no-participación de Miró en el juego dinerario. Porque, claro está, lo que no se decía, o se decía muy poco, es que aquellas pinturas tenían un valor inmenso... ¿Cuánto? Esta no es la hora de los cálculos de este tipo, pero mucho dinero. Si, para no equivocarme, transijo en calcular muy por lo bajo, y digo que el mercado internacional del arte podía haber pagado inmediatamente por aquello, sin discusión alguna, la cifra de medio millón de dólares, todos los que tienen una mínima idea de estas cosas saben que no; que eso valía mucho más. Pero mi resistencia no se fundaba en el precio, sino en el valor. A mí me parece muy bien destruir medio millón de dólares. Pero me opondré siempre a la destrucción de un Miró.

Perdí. Perdí, pero protesto. El arte no está hecho para eso; el arte, por definición, está hecho para perdurar, para ser la huella del hombre más allá del hombre, para testimoniar

acto brutal. Me fui directamente, por la mañana, al Colegio de Arquitectos. En la Comisión de Cultura, con Pepe Corredor Matheos, estaba Miró. Joan Miró tiene una cordialidad humana hecha de candorosa sencillez. A él le parecía muy bien lo que se iba a hacer: lo que él mismo estaba obligado a hacer. Es natural: él es quien menos respeto tiene por su propia obra, pues es un hombre auténticamente sencillo. Pero se dio cuenta inmediatamente de mi tribulación. Y era conmovedor ver cómo trataba de hacerme comprender, después de haberme comprendido. Bajé al lugar donde estaba la pintura. Allí estaban los arquitectos jóvenes embargados en una actividad que a mí se me antojaba siniestra: tráfago de instrumentos, botes de pinturas, de disolventes... Todo aquello, de pronto, tenía el tinte sombrío de los preparativos para una ejecución. Fueron llegando gentes, amigos, todos para contemplar el auto de fe: Alejandro Cirici Pellicer trataba de explicarme lo que aquello significaba como acto positivo, Joan Prats, Oscar



Xavier Miserachs ha logrado esta secuencia excepcional: Joan Miró destruye su propio mural. En la otra fotografía: una mujer borra los últimos vestigios; al fondo, el pintor con Moreno Galván...

lo que somos todos, no sólo los artistas, no sólo Miró: todos nosotros. Hacer el arte para destruirlo es una contradicción, porque el arte es lo que sobrevive, lo que sobrevive a la muerte, porque para eso está: el arte lo hace el hombre porque no quiere morir; es una protesta del hombre contra la muerte, contra el escándalo de la muerte, contra la arbitrariedad de la muerte... ¿Hacer el arte para matarlo? Eso es aberrante. Con todo, no puedo dejar de reconocer que algo me subyuga en ese gesto de Miró y de los jóvenes arquitectos barceloneses. Eso de destruir medio millón de dólares a la plena luz del día es muy bello... Sería definitivamente muy bello si no costase tanto, si no costase una colección de obras de Joan Miró.

Fui a Barcelona, ahora lo confieso, con la secreta esperanza de mover a última hora a algo o a alguien, e impedir que se comeliera ese

Tusquets, Pedro Portabella con un equipo cinematográfico. De pronto, el acto de hacer las cosas, aunque sólo fuese el acto de destruir, resultaba más importante que el resultado. Primero el verbo realizar, luego el verbo destruir, habían asumido y monopolizado el protagonismo fundamental de la obra de arte. Aquello era como la dictadura de los gerundios... Tuve que rendirme.

A las doce en punto bajó Miró. Se dirigió a la primera de las pinturas. Una nube de fotógrafos y de reporteros cinematográficos le rodeaba. Un joven arquitecto tendió sobre la pintura una capa de disolvente... Luego, Joan Miró, con una espátula, empezó a rasgar borrando la pintura.

Yo tuve un breve escalofrío emocional. Volví la espalda y me fui al interior del edificio. Ya estaba bien... Yo, protesto. ■ J. M. M. G.

